

HISTORIA 396  
ISSN 0719-0719  
E-ISSN 0719-7969  
VOL 14  
N°1 - 2024  
[397-402]

## RESEÑA

### **Llorca-Jaña, Manuel y Martínez, Juan José (eds.). *Historia Económica de Chile Colonial.***

SANTIAGO, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA/  
UNIVERSIDAD ADOLFO IBÁÑEZ, 2023. 330 PÁGINAS. ISBN  
978-958-289-302-2

**Mario Matus**

Universidad de Chile  
mmatus@uchile.cl

Como bien se señala en la introducción a cargo de Antonio Ibarra, de un modo u otro, la evolución de la Historia Económica Colonial de Chile en los últimos 50 años (1973-2023) refleja la forma como la Historia Económica chilena ha interactuado dramáticamente con las vicisitudes del país a lo largo de este último medio siglo. En vísperas del Golpe de Estado de septiembre de 1973 una buena parte de la producción en Historia Económica de Chile se había concentrado en el período colonial, a partir de trabajos señeros, como los de Mario Góngora, Rolando Mellafe, Álvaro Jara, Marcelo Carmagnani, Carlos Sempat Assadourian, Armando de Ramón, Hernán Ramírez Necochea, Sergio Villalobos y muchos otros. Esto no era casual. En esos años, en el marco de las discusiones instaladas entre las distintas corrientes de la Teoría de la Dependencia, la región se debatía entre la reforma o la revolución, y en gran medida, se buscaba en la Historia los argumentos para justificar la opción más adecuada. En lo concreto, si en América Latina se había asentado el Capitalismo parecía más apropiado adoptar políticas reformistas de transformación gradual (ya que el Capitalismo habría instalado formas de acumulación avanzadas que aconsejaban procesos redistributivos), mientras que si parecían haberse sostenido formas feu-

dales predominantes, habría cabido más bien una ruptura política estructural, necesaria para romper con permanencias precapitalistas y asentar dinámicas propias de la Modernidad Histórica (la doble revolución). En ese trance, una buena parte de los historiadores económicos chilenos y latinoamericanos preferían observar la historia transcurrida hasta mediados del siglo XX a la luz de las huellas que pervivían desde el remoto pasado colonial. Del mismo modo, ese trasfondo también explicaba la tendencia a visiones relativamente polarizadas, en las que la Historia también parecía un campo de disputa entre las distintas disciplinas sociales.

Como sabemos, el Golpe de Estado actuó como un implacable Leviatán, porque no sólo clausuró estos debates, sino que además ejerció una significativa persecución y represión de estas ideas, cuyo efecto agregado fue prácticamente desterrar la Historia Económica de los espacios universitarios. Visto así, el libro que se comenta ostenta varios rasgos emblemáticos. En una primera instancia, es una manifestación más de la recuperación y retorno de la Historia Económica a la reflexión académica, que se suma a numerosas acciones que ha venido desarrollando muy exitosamente la Asociación Chilena de Historia Económica, que desde su creación por Eduardo Cavieres en 2007 y el fuerte impulso impreso por Manuel Llorca desde 2014 y por Bernardita Escobar desde 2019, se ha manifestado en múltiples Congresos, Jornadas, distinciones a tesis, programas de Estudio y publicaciones fundamentales.

Visto así, el trabajo que se comenta reinstaura el importante rol de los estudios de Historia Económica aplicados al período colonial en Chile, pero como veremos, bajo un contexto, búsquedas y desafíos muy diferentes a los que caracterizaron su tortuosa historia entre fines de la década de 1960 y 2007. Y son estos rasgos los que caracterizan este esfuerzo colectivo.

En esa dirección, la obra sigue una lógica que se traspasa a cada uno de los trece capítulos que la conforman. En primer término, el trabajo ya no muestra los debates polarizados que caracterizaron la Historia Económica de Chile en general, y la Historia Económica Colonial en particular. Atrás quedaron las lecturas rígidas, que estaban al servicio de un mega relato con fuertes nexos ideológicos y con el contexto de Guerra Fría. La obra más bien expresa un esfuerzo consciente y deliberado por sintetizar, con gran apertura intelectual, las grandes contribuciones que se han realizado dentro de este ámbito en los últimos años y mostrar de qué modo tales aportes han enri-

quecido y modificado la búsqueda de preguntas más relevantes, las metodologías aplicadas que han mostrado notables desarrollos y el numeroso contingente de nuevos cultores de la Historia Económica Colonial de Chile, ya sea chilenos o extranjeros, ya sea abordando temas fundamentales y desde una óptica claramente adscrita a esta disciplina o desde múltiples aproximaciones que lindan con la Historia Social, la Historia Política, la Historia Cultural, la Etnohistoria/Historia Indígena, la Historia de las mujeres, la Historia de la Ciencia y la Técnica y muchas otras derivaciones.

Siguiendo esa lógica, cada capítulo es un notable compendio de preguntas, problemas, líneas, debates, fuentes y perspectivas actualizadas, que cumplen claramente la función de un manual de base para estudiantes universitarios de pre y post grado. Por otro lado, los editores también innovaron al organizar los capítulos entre aquellos orientados a sectores productivos y los que podrían agruparse como factores condicionantes.

Del primer grupo, querría destacar el importante esfuerzo de Ricardo Nazer por dotar a su capítulo sobre la minería colonial de un soporte cuantitativo esencial, que permite vislumbrar su protagonismo temprano pero pendular -muy dependiente e interactuando con el acontecer político- como apoyar las periodificaciones existentes e identificar mejor el rol específico de los factores de demanda y de oferta. Del mismo modo, merecen destacarse los aspectos de complementariedad que Natalia Soto le atribuye a la agricultura, en relación con la minería, expresada especialmente en los niveles de integración entre mercados locales y regionales, fuera de su conexión exterior. De un modo u otro, el examen de estos dos baluartes de la economía colonial muestra los incentivos despertados por el período de reformas borbónicas y las manifestaciones transicionales que fueron desarrollándose. En el caso del comercio colonial, Juan José Martínez logra arribar a una relación mucho más rica entre comercio interno y exterior, identificando los mecanismos que a través del desarrollo urbano comunicaban ambos ámbitos y que terminan por dejar atrás definitivamente la idea de una economía natural, con escasos niveles de interrelación. Por esa vía, queda cada vez más la sensación de que los aprendizajes comerciales internos no quedaron totalmente atrapados por las redes externas, sino más bien se potenciaron a partir de estos y permitieron el desarrollo de un engranaje mucho más denso. Por su parte, el examen del pensamiento económico colonial en Chile por parte de José Edwards y Dany Jaimovich, muestra una temprana y pragmática apropiación y fusión híbrida, a partir de conceptos generados

desde una tradición ilustrada española como desde un proto liberalismo, y que adelantan la inutilidad de un debate entre proteccionismo y librecomercio en el siglo XIX.

Pasando a los factores productivos, no podría dejar de mencionarse, a la vez, la importante reivindicación que Francisco Betancourt hace de los comerciantes como mediadores entre la producción y el consumo interno y la dimensión externa de la economía chilena, que permitían identificar las ventajas comparativas y la viabilidad de ciertas producciones y que además generaban encadenamientos productivos con otros sectores a través de mecanismos proto crediticios, frente a una visión atrabiliaria, popular y muy arraigada que los sitúa como actores improductivos. Sin duda, esta visión revisionista es ampliamente corroborada por el trabajo de Juan Cáceres y Gabriel Páez, que a partir del desglose de diversos instrumentos crediticios confirman que la economía colonial, en la medida que se expandía notablemente durante el siglo XVIII, exigió la multiplicación de formas de crédito y de medios de pago. Del abordaje de Juan José Martínez sobre la fiscalidad y la real hacienda destacaría especialmente su énfasis por escapar de una visión negativa y estática, que contrasta con una evolución progresivamente más autónoma y eficiente, sustentada en progresivos aprendizajes, aunque no exenta de resabios de orden estructural y que, en el mejor de los casos, habría dado pie a una cierta paradoja de la prosperidad, expresada en tensiones distributivas al final del período. Dentro de este abanico de aproximaciones, el acercamiento de Diego Morales al mundo del trabajo colonial a partir de un eje acotado por grados de coacción y libertad es especialmente oportuno para exhibir la enorme riqueza de los regímenes laborales y su gran plasticidad para insertarse dentro de muy incipientes mercados laborales locales y regionales, aspectos que en gran medida se comunican con un intenso proceso de mestizaje (blanco y negro).

Dentro de una causalidad menos tratada, se agradecen los esfuerzos de María Carolina Sanhueza por recuperar el rol de las infraestructuras de transporte y comunicaciones terrestre, que recuerda los límites materiales que podían alcanzar los intercambios y los aprendizajes productivos incentivados por ellos. No obstante, a pesar de la continuidad en sus precariedades, también se observan las dinamizaciones y los desfases locales, como los conflictos de interés entre viejos y nuevos agentes productivos y sus voceros políticos. Las dinámicas demográficas aportadas por Rodrigo Rivero son fundamentales, porque como en toda economía con rasgos de Anti-

guo Régimen, esta trayectoria colonial es factor y espejo primordial para probar que la dinamización prevaleció sobre el estancamiento, luego de iniciada la recuperación poblacional desde inicios del siglo XVIII, lo que de algún modo replica el modelo de fecundidad premoderno de Europa Occidental. De los notables aportes de Manuel Llorca a una mejor comprensión de los niveles biológicos de vida a través de la estatura, salarios reales, habilidades numéricas y consumo aparente de carne y vino podría decirse mucho, pero creo que habrá acuerdo en que lo fundamental de sus hallazgos radica en la identificación de significativos niveles de vida a fines del período colonial en Chile en términos de una comparación regional y de lo que sucedería posteriormente en el siglo XIX y hasta las primeras décadas de siglo XX, lo que no deja de adelantarnos que el trastorno vivido por las poblaciones originarias durante los tres siglos coloniales será sucedido por los trastornos propios de la transición al Capitalismo durante los siglos XIX y XX. Por su parte, su tratamiento de la economía mapuche durante la era colonial no hace más que satisfacer la necesidad de dotarnos de una mirada mucho más equilibrada y rica de sus aprendizajes al calor de las relaciones fronterizas, y que tiende a remarcar por qué la sujeción republicana era la única forma de detener tales progresos. Por último, sería injusto no resaltar las importantes aportaciones de Alejandro Salas y Pablo Lacoste al conocimiento del consumo de carne y vino en criollos y esclavos, que confirman los progresos y las mejores condiciones materiales de vida ya reportadas por Manuel Llorca y Juan José Martínez, pero también advierten de las notables brechas de desigualdad, que antes de un predominio de los regímenes asalariados, también se expresaban en un acceso muy diferenciado al derecho de propiedad sobre la tierra y en el tratamiento jurídico diferenciado según origen étnico.

Todos estos argumentos hacen imprescindible revisar esta obra, ponerse al día a través de todos sus hallazgos y miradas actualizadas, y especialmente, abrírnos a cambiar nuestra óptica sobre la Historia Colonial de Chile. Ha pasado demasiada agua bajo el puente desde que la Historia Económica Colonial de Chile era un coto de caza al cual ir a buscar argumentos para vencer a un enemigo ideológico durante la Guerra Fría y donde se discutía si sus eventuales inercias hasta el siglo XX recomendaban una ruptura anti feudal o un reformismo redistributivo post capitalista. Por otro lado, si se hace el esfuerzo de hacer converger el conjunto de aportes reunidos en esta obra basal y de referencia obligada, habrá que reconocer que el período colonial en Chile no fue ni una mera réplica de un también aparentemente

oscuro feudalismo europeo, ni una estereotipada y larga siesta colonial, ni una agobiante y pesada noche. A través de estas páginas, la nueva Historia Económica Colonial de Chile aparece más madura, abierta y equilibrada, más robusta y multifacética y mucho más expectante para un diálogo necesario con las otras aproximaciones historiográficas.

Recibido el 21 de mayo de 2023  
Aceptado el 15 de junio de 2023  
Nueva versión: 25 de junio de 2023